

DELEITANDO, DILATANDO, DELATANDO:
UNA MULTIPLICIDAD DE LECTORES PARA
EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

FOR

PATRICK J. O'CONNOR
Deep Springs College

This method is a discovery in itself ... It's what one has looked for in vain—an elastic shape which will hold whatever you choose to put in it ... I maintain that these illicit kinds of book are far more interesting than proper books which respect illusions devoutly all the time. Still, it doesn't seem an easy example to follow ...

Un texto híbrido exige un lector híbrido. Cada escritor aspira a encontrar (a inventar) a su lector perfecto, el que pueda oír todo lo que el autor tenga que decirle. Este deseo es más antiguo que la etiqueta crítica “reader-response theory”,² que ha tratado de sistematizar las relaciones posibles entre lector, texto, y autor; y el deseo se hace más urgente, más provocador, cuando el autor no se somete a una forma o género fijo, sino que escribe un libro marginal, excéntrico. En ese caso, el deleite que experimenta el lector es el de una conspiración entre lector y autor (“estos tipos ilícitos de libros”, dice en el epígrafe Woolf, “la lectora común” a su propio parecer). Un libro ilícito suscita un lector cómplice violando juntos las leyes de género, jugando un juego doble, triple, múltiple. Propongo leer el libro de viajes híbrido, *El lazarillo de ciegos caminantes*, escrito por el español ochocentista Carrió de la Vandra bajo el pseudónimo Concolorcorvo, como un texto que pide un lector múltiple, a veces cómplice con su autor, a veces “ilícito” de un modo totalmente distinto.

Una perspectiva múltiple no es un rasgo inherente en el género del libro de viajes, aunque otro teórico de la novela que privilegiaba la multiplicidad, Mijail Bajtin, también estimaba mucho los libros de viaje de esta época.³ Es indudable que algunos de los escritores

¹ Woolf 3-4 (9 de agosto, 1919). Ella se refiere al gran poema cómico-épico-autobiográfico de Lord Byron, *Don Juan*.

² La bibliografía y la teoría de la “teoría de la lectura” se consolidaron en casi el mismo momento, 1980-1982, con la publicación de Suleiman y Crosman, ed., 1980, Jane P. Tompkins, ed., 1980, y la primera sección, “Readers and Reading”, de Culler, 1982, 31-84. Las introducciones de Suleiman y Tompkins son particularmente valiosas; la crítica de Culler es igualmente perceptiva.

³ Sterne y Diderot figuran, con Jean Paul, como etapa imprescindible en los esquemas históricos que Bajtin traza en todos los ensayos de *The Dialogical Imagination*, tanto por sus técnicas paródicas y satíricas como por su transformación, en el género de la novela sentimental, del cronotopo idílico. Para una lectura más extendida del concepto de “aedificare delectando” en el contexto de los libros de viaje, véase Batten.

más excéntricos del Occidente han contribuido al género. Piénsese, por ejemplo, en algunos juegos típicos en dos trozos de prosa de *A Sentimental Journey Through France and Italy*, por el gran excéntrico inglés, Laurence Sterne:

—Now where would be the harm, I said to myself, if I was to beg of this distressed lady to accept half of my chaise? —and what mighty mischief might ensue?

Every dirty passion, and bad propensity in my nature, took the alarm, as I stated this proposition —It will oblige you to hire a third horse, said Avarice. ... —You know not who she is, said Caution— or what scrapes the affair may draw you into, whisper'd Cowardice—

But 'tis a civil thing, said I —and as I generally act from the first impulse, and therefore seldom listen to those cabals, which serve no purpose that I know of, but to encompass the heart with adamant— I turned instantly about to the lady—

—but she had glided off unperceived, as the cause was pleading ... (104 106)

They [algunos campesinos franceses] were sitting down together to their lentil-soup, a large wheaten loaf was in the middle of the table, and a flaggon of wine at each end of it promised joy through the stages of the repast —'twas a feast of love.

The old man rose up to meet me, and with a respectful cordiality would have me sit down at the table; my heart was sat down the moment I enter'd the room; so I sat down at once like a son of the family, and to invest myself in the character as speedily as I could, I instantly borrowed the old man's knife, and taking up the loaf cut myself a hearty luncheon, and as I did it I saw a testimony in every eye, not only of an honest welcome, but of a welcome mix'd with thanks that I had not seem'd to doubt it (283).

El lector que Sterne invoca es lujurioso, y Sterne enciende y después apaga esa lujuria; es bondadoso, pero constantemente necesita persuadirse a mostrar su bondad; es sofisticado, y así entrará en las negociaciones complejas de la época con *la naïf*. Es una conciencia abigarrada. Pero, como sugiere el título de la obra, la variedad sutil de respuestas y perspectivas en *A Sentimental Journey* ha de limitarse bajo el signo “sentimental”, hasta excluir nuestro interés en otros aspectos del mundo por el cual Yorick pasa. Comparemos el estilo de Sterne con nuestro autor, en el pasaje quizás más parecido al inglés:

De este modo se hacen tolerables los dilatados viages. El que quisiere caminar más, haga lo que cierto pasajero ejecutó con un indio guía. En la primera cruz que encontró hizo su adoración y echó un traguito y dio otro al indio, que iba harreándole una carguita, y le hizo doblar el paso. Llegó a otra cruz, que regularmente están éstas en los trivios o altos de las cuevas. Luego que divisó la segunda cruz y se acercó a ella dixo al español: caimi-cruz, y detubo un rato la mula de carga, hasta que el español bebió y le dio el segundo trago: llegó, finalmente, a una pampa dilatada de casi cuatro leguas, y viéndose algo fatigado a la mitad de ella, dixo el indio: español, caimi-cruz. Se quitó el sombrero para adorarla y dar un veso al porito, pero no vio semejante cruz, por lo que se vio precisado a preguntar al indio: ¿adónde está la cruz, que no la divisaba? El indio se limpió el sudor de el rostro con su mano derecha y con toda seriedad levantó los brazos en alto y dixo: caimi, señor

Mucho más que en los diálogos sobre la justicia de la conquista más tarde en el libro, un pasaje como éste demuestra una verdadera perspectiva múltiple. Carrió no sólo cuenta sus propias experiencias, sino que nos ofrece una anécdota de otro viajero; nos invita a

ponernos en el lugar de ese viajero (“el que quisiere caminar más, haga lo que cierto pasajero ejecutó ...”). Como en otros lugares en el texto, los lectores somos viajeros. También usa dos veces la palabra que recurre como un *leitmotiv* en el texto del Visitador y su secretario indio: “dilatado”.

En Sterne, los habitantes del paisaje son pastoriles, contentos de cumplir los cargos y hacer los papeles que les son otorgados por los códigos literarios y sociales; aquí, el indio demuestra cierta independencia y tiene motivaciones propias (claro, una motivación recuperable bajo el estereotipo racista que Carrió propone en otras partes de su texto: el indio perezoso). No vemos una rebelión abierta: de verdad, según una interpretación del gesto del indio (si sus brazos levantados hacia el cielo sugieren que Dios está en todas partes), es mejor cristiano, mejor hombre de Europa, que el europeo mismo. El intercambio simboliza la relación entre amo europeo y siervo indio, entre un guía (un lazarillo) y el personaje importante, si ciego, a quien guía. Al final de su anécdota, Carrió permite que el europeo reafirme su poder sobre la situación:

El español, que era un buen hombre, celebró tanto las astucias de el indio que le dobló la ración, y el indio quedó tan agradecido que, luego que llegó al tambo, refirió a los otros mitayos la bondad del español, y al día siguiente disputaron sobre quién la había de acompañar (51-2; todas las elipses son mías).

Así como el guía indio había robado el significado de la cruz, Carrió le roba al indio algunos vocablos indios (aquí, *tambo*) en su descripción de la recuperación económica del estatus del amo por parte del europeo. Análogamente, entonces, nosotros los lectores siempre vamos a tener el poder final en este espejismo del acto de lectura, espejismo que finge llevarnos fuera de nosotros pero, por lo menos en este caso, solamente nos muestra cómo somos los lectores del primer mundo, en vez de cómo realmente es el tercer mundo. De hecho, se podría decir que la “teoría de la lectura” o *reader-response theory*, relacionada pero no muy parecida a la *Rezeptionästhetik* de la tradición crítica alemana, se funda en parte en ese conocimiento un poco autosatisfecho que todos los lectores tenemos, que el autor está ausente o físicamente muerto, que el referente del texto también está físicamente lejos o ficticio, pero nosotros estamos aquí, vivos y cómodos en las butacas, un libro en las manos que nos acoge y que nos anhela para tomar vida también. Suleiman, Tompkins, y Culler están de acuerdo de que las teorías de la lectura abarcan muchas escuelas críticas (fenomenológica, psicoanalítica, neor aristotélica, desconstruccionista) y tienen raíces en la retórica grecorromana, retórica que estaba en vigencia en la época de la Ilustración en que escribió Concolorcorvo. Desde la perspectiva de este trabajo, que enfatiza la multiplicidad de lectores que *El lazarillo* suscita, es más relevante notar que los muchos nombres que varios teóricos han puesto a sus creaciones —lector cómplice (al que aportamos, claro, de *Rayuela* de Cortázar), lector informado, superlector, hiperlector, lector ideal, lector inocente, lector implícito, y el hecho de que algunos de los teóricos usan más de uno a la vez— es en sí mismo un indicio y signo de la multiplicidad. En contraste con la *Rezeptionästhetik*, estos lectores no son históricos o reales. No compilamos las respuestas a un texto, como por ejemplo *El lazarillo*, primero en la época de su composición, ni luego en relaciones al curso de su historia, cuando ésta era leída como el texto magistral de un pobre secretario indio que

había absorbido el racismo de sus amos; ni la época en que, después del redescubrimiento de la autoría, se experimentaba una reacción bastante fuerte a la broma no particularmente malintencionada de Carrió.⁴ A pesar de algunos ademanes posestructuralistas muy importantes en la obra de Roland Barthes, la teoría de la lectura no sólo suele ser ahistórica, como señala Tompkins en su introducción, sino que también usa la posición del lector como un punto privilegiado, donde la historia no entra en juego sino como la información necesaria para ser super/hiper lector informado/implícito/ideal. Lo han demostrado bastantes textos en el nuevo campo de estudios poscoloniales: el lector de un texto siempre tiene la posición del Primer Mundo, el texto casi inevitablemente la del Tercero.⁵ Pero quizás podemos culpar los textos que solemos leer: ¿no hay textos más fuertes, textos que nos arranquen de la butaca del “lector curioso”, sentado cómodamente en Sevilla o en el siglo XX?

El lazarrillo nos da otra posición para leer su texto. Contrapuesto al “lector curioso” hay un “lector viajero”, como en este pasaje al salir de la ciudad de Buenos Aires:

Los pamperos, que son unos vientos fuertes ... en la campaña hacen estremecer las carretas que cargadas tienen de peso 200 arrovas. De éstas haré una descripción más adelante para los curiosos. Ahora voy a dar una noticia importante a los señores viajeros, y en particular a los que vienen de España con empleos a este dilatado Reyno (94).

A un nivel el lector viajero es el turista, el que necesita los consejos prácticos, saber cuáles caminos seguir y cuáles aguas evitar. Al ir leyendo el texto, se concluye que Concolorcorvo prefiere el lector viajero al lector curioso. Esto no es obvio en el principio del libro, a pesar de decirlo abiertamente (en el párrafo más embustero del prólogo, “Yoy soy indio neto”, que concluye, “Imitando el estilo de [el Visitador], mezclé algunas jocosidades para entretenimiento de los caminantes, para quienes particularmente escribí” (60)). En el prólogo Carrió dice que se dirige al hombre curioso, pero con el mismo gesto admite la posibilidad de que los lectores curiosos no existan. La anécdota (61-63) del

⁴ Para mucho de esta historia, véase Stolley, especialmente las páginas 15-33. Las páginas 25-33 cuentan el uso más avergonzante, el intento por académicos peruanos de los años treinta y cuarenta de usar a “Concolorcorvo” como el fundador de la literatura peruana, o peor, indigenista. Esa sección termina, “el encuentro entre lectores y textos se podría caracterizar por el conocido refrán, ‘Cada loco con su tema’, sea la picaresca, la ideología marxista, el feminismo, o la peruanidad” (48). En aquellos cuatro temas no discuro; sin embargo, en este trabajo acepto el desafío de ser, no un loco más, sino una nave de locos, o mejor dicho, una tropa de locos viajando por las pampas de este texto dilatado.

⁵ La versión histórica de este argumento, que podemos decir comenzó con el *Orientalism* de Edward Said, recibió mucha impetus por las muchas meditaciones sobre el quincentenario. Como Said, Tzvetan Todorov se aprovecha de las categorías hegelianas del yo y el otro para construir un argumento esencialmente moralizante; Zapata investiga la taxonomía del “sujeto colonial” en Concolorcorvo, pero a diferencia de Said sin una investigación dialéctica de los “otros” reprimidos de la misma Europa que taxonomizaba a esas colonias. A mi parecer, el debate crítico más productivo suscitado por el quincentenario y la figura de Colón está entre el neohistoricista Stephen Greenblatt y el riguroso y “comprometido” John Beverley. La tensión entre metodologías como el neohistoricismo y la “teoría de lectura”, que tratan de preservar la categoría del placer estético, y como las “cultural studies” que la rechazan, ha informado mucho este ensayo.

tucumano que poseía sólo cuatro libros en su biblioteca, ninguno de los cuales sobre su propio continente o época, es el último en una serie de ataques contra la noción de un lector criollo. “En este dilatado Reyno no hay hombres curiosos” (47). Sus pruebas de esta proposición son irónicas:

... por que jamás hemos visto que un cuzqueño tome postas para pasar a Lima con sólo el fin de ver las quatro prodigiosas P.P.P.P, ni a comunicar ni oír las gracias del insigne *Juan de la Coba*, como asimismo ningún limeño pasar al Cuzco sólo por ver al *Rodadero* y fortaleza del Inca, y comunicar al *Coxo Nava*, hombre en realidad raro, por que según mis paysanos mantiene una mula con una azeytuna (47).

Obviamente cree que no valen verse los paisajes que a los criollos no les interesan ver (aunque aquel sarcasmo se mine a sí mismo, porque a mí y al editor Lorente Medina sí nos gustaría ver el *Rodadero*, y la crítica biográfica ha cazado hasta agotarse las cuatro P.P.P.P.). Pero directamente rechaza el estereotipo de “los españoles [que] son reputados por los hombres menos curiosos de toda la Europa” (45), respondiendo que es nada más que la pobreza de los españoles lo que les impiden satisfacer su curiosidad viajando por el mundo. Idealmente, el público de Concolorcorvo sería el “viajero curioso”, pero en el siglo XVIII los viajeros y los curiosos son dos grupos distintos: en el texto citado antes, los “señores viajeros” a lo mejor no viajan por el afán de viajar sino “con empleos a este dilatado Reyno”.

El lector curioso, después de todo, no es más que una versión de los historiadores ciegos que requieren el servicio del “hábil zagal” que es el escritor de los libros de viajes: “Los viajeros (aquí entro yo), respecto de los historiadores, son lo mismo que los lazarillos, en comparación de los ciegos” (70). Como algunos críticos han notado, este símil pone en tela de juicio no sólo a los lectores del futuro (a nosotros) sino también al mismo narrador socarrón.⁶ Enfatizo menos la distinción de escritor-lazarillo *versus* lector-historiador-ciego, prefiriéndole a ella la distinción entre un lector viajero y un lector curioso, pero reconozco la importancia teórica de aquella distinción: las teorías estéticas del romanticismo, elaboradas en el período inmediatamente posterior a textos como *El lazarillo*, no ofrecen posiciones distintas para autor y lector. Se elabora la ficción de que el lector, en empatía perfecta con el poeta, experimenta exactamente lo que había sentido el poeta. Distinguir entre lector y autor—algo que no hicimos en los dos pasajes que analicé del sentimentalista Sterne— es una precondición para cualquier teoría de la lectura.

Quizás en eso yace lo atractivo de una teoría de la lectura frente a *El lazarillo*: no puedo imaginarme escritor de este texto. No puedo identificarme con Carrió de la Vándera ni con sus construcciones enmascaradas (Concolorcorvo y el Visitador), como sí puedo a veces con Don Quijote y Sancho o hasta las presencias textuales de Colón, Bernal Díaz o Sigüenza y Góngora.

Pero quizás caminamos demasiado rápido por el texto cuando concluimos que uno no se puede identificar ni con el autor ni con los personajes de *El lazarillo*. La ira que se puede oír en el tono de algunos críticos⁷ me sugiere que no sólo rechazan la identificación, la “complicidad” entre lector y escritor, sino también que al comenzar el libro se sentían

⁶ Principalmente Stolley, 45-49, que desarrolla una teoría de la ambigüedad alrededor de esto. Véase también Carilla.

cómodos en una relación de amistad con el autor. En efecto, los discursos racistas sobre la justicia de los obrajes forzados despiertan en el lector a otro lector, un lector-político o lector-moralizante cuyo liberalismo no podrá permitir la suspensión de juicio que frecuentemente deparamos a los escritores de previas épocas. El desengaño con *El lazarillo* sería menos cruel si uno supusiera que un indio realmente lo escribió, y tendríamos lástima por la figura histórica que hubiera aceptado tan completamente la ideología que oprimía su raza; pero al saber que los grandes discursos sobre la justicia de la conquista, con sus generalizaciones allanadoras (“Casi toda la Nueva España anduve y todo este Reyno de Perú, y no hallé otra diferencia [entre los indios] que la que se encuentra entre los huevos de las gallinas. El que vio un indio puede hacer juyicio que los vio todos...” (319)), venían realmente de un burócrata gijonés, entonces el libro entero está condenado, incluso la primera mitad que divertía más al lector curioso y liberal. No pienso rescatar una mitad del libro, o de la ideología del escritor, de su otra mitad, sino mantener una multiplicidad de lecturas (de lectores) en todas partes del libro. Pero el desengaño tardío nos lleva a una pregunta retrospectiva: ¿por qué no nos dimos cuenta antes de la ideología inaceptable del texto?

Esa pregunta se presta a una respuesta formal y nos hace advertir la presencia dentro de nosotros mismos de otro lector que nos acompaña por el texto, un lector formalista cuyos procedimientos, a pesar de ser un poco anticuados, son perfectamente apropiados a un nivel del texto. Escrito sin la ideología romántica de una “forma orgánica”, *El lazarillo* tiene una forma exteriormente impuesta que estructura la obra. Los capítulos están organizados para obedecer fielmente la secuencia de las ciudades grandes que Carrió escogió, determinada en gran parte por la posición de las postas; las dos mitades del libro corresponden a los dos lados de los Andes; efectivamente, mucho del contenido y toda la forma narrativa cumplen con el impulso burocrático que engendró el libro. En la mente burocrática —y en la de un historiador positivista— algunas cosas se pueden comprobar mejor con las estadísticas, y los números que abren los capítulos, el valor cambiante de los animales de carga, y la población cambiante de las ciudades (más notablemente Buenos Aires, donde indaga los registros parroquianos como un demógrafo histórico moderno) se muestran por la presentación de datos.⁸ Para este lector burocrático la respuesta es sencilla: no sabíamos que Concolorcorvo era racista hasta la segunda mitad porque prácticamente no hay indios en la primera parte de su ruta.

Junto a ello, hay un efecto inevitable de la perversidad del proyecto de multiplicar los lectores de un texto: una vez creado, el lector-burocrático (formalista) llama la atención a las decisiones antiburocráticas del texto. De algunos de estos errores Carrió está bien consciente y de alguna manera la división del texto en dos voces que hace Carrió es un signo de la autocrítica desde una perspectiva burocrática: el Visitador repasa el manuscrito de su amanuense al final de la primera parte, por ejemplo (“Después de haber descansado dos días en Potosí, pidió el Visitador este diario, que cotejó con sus memorias y le halló puntual en

⁷ La ira se muestra más clara en Bastos, y hay sugerencias de ella aun en Pupo-Walker.

⁸ De aquí la división en dos voces, el Visitador y Concolorcorvo, según Pupo-Walker, que asocia la tarea de Carrió con la tradición de la crónica latinoamericana: esa división expresa “la ambivalencia de *El lazarillo* como texto patrocinado por el impulso creativo y el afán noticioso” (*El pensamiento histórico*, 171).

las postas y leguas; ... solamente me hizo sustituir la cuarta copla [de la poesía de los gauchos], por contener sentido doble” (227)). Pero quedan otras preguntas, y esta tarea seguirá analizando tres: ¿por qué se incluye esa digresión infinita sobre las mulas, sabiendo que sus lectores van a censurarla? ¿Por qué se niega a dar una descripción física de las minas famosas de Huancavelica? ¿Por qué no se discuten los indios del Chaco en la primera mitad, sino que se los presentan después, en la discusión general de los indios (333-336)?

En el primer caso, la pregunta tiene una respuesta “burocrática”. Al hacer la digresión, las dos mitades del libro son de igual tamaño. En otros lugares del libro, Concolorcorvo iguala el tiempo que uno tarda en escribir y en viajar:

Dos días antes de haver llegado a esta ciudad [Cuzco] falleció el administrador de correos Mientras el visitador se despide de los muchos amigos que tiene en ella, voy a cumplir la obligación de ilustre cuzqueño, haciendo un bosquejo de las dos mayores fiestas que se celebran en El Cuzco (362).

La libertad de jugar con las categorías narrativas aquí depende de tener una segunda máscara o voz, tal como otro juego depende de la existencia de una segunda ruta desde Buenos Aires a Ciudad Mendoza: Concolorcorvo describe en siete páginas un viaje cuyo equivalente acaba de tardar ocho capítulos en describir:

El que se acomodare a caminar [por la otra ruta] ... desprecie mi consejo y gradúele de inútil, a costa de sus incomodidades; y adiós, caballeros, que ya me vuelvo a Quiaca sin cansancio, después de haber andado en pocos minutos 728 leguas, de ida y vuelta ... (221)

Aunque éstos son chistes momentáneos y no la presencia constante de una conciencia fiel del tiempo narrativo que encontramos en un viajero como Sterne (quien, como vimos, reconoce que en el tiempo pasado en debate mental se puede perder a una mujer bella), sin embargo *El lazarillo* demuestra una conciencia de la fenomenología del acto de leer, que un texto se escribe o se lee como un viajero pasando por el espacio.⁹ Casi parece que la decisión de hablar tanto sobre los animales de carga, entonces, es el equivalente narrativo de los espacios grandes, casi despoblados, de las llanuras sudamericanas.

Pero la respuesta burocrática no explica el entusiasmo con el cual Concolorcorvo nos da los precios y potencias relativos de animales de carga de varias regiones “de este dilatado Reyno”, y habría podido llenar las páginas con otras anécdotas o argumentos si así lo hubiera querido. La decisión de incluir estas secciones corresponde a otras decisiones de Concolorcorvo, que suscitan en nosotros un “lector de antropología material”. La obsesión constante con la calidad de las aguas en las regiones que visita y la comparación de los sistemas de canales en todas las partes que visita (incluso las ciudades mexicanas que conoce) muestran una atención persistente hacia lo que llamaríamos la infraestructura de su terreno.

⁹ Aunque utilizo algunos de los vocablos típicos de Wolfgang Iser, en verdad a mi parecer mis procedimientos siguen más cercanamente las sugerencias de Roland Barthes en *S/Z*, excepto que en vez de “códigos” prefiero la palabra “lector” para ligarme más con la escuela impresionista de lectores como Woolf o Pater, que fragmentaban el yo muchas décadas antes de los franceses.

Karen Stolley, en su tesis *El lazarrillo de ciegos caminantes: un itinerario crítico*, lee agudamente una anécdota de unos ladrones que no reconocían el dinero de otro color, afirmando que es un *locus* de ansiedades en cuanto a la raza, la traducción o la mediación entre culturas, y la economía (83-90). Interrumpamos un momento nuestro viaje por las pampas y sus yeguas “aburridas” para enfocar más detenidamente la infraestructura económica, los poderes de representación y las tensiones, no tanto entre las razas, sino entre Europa y América:

Otras muchas obras han hecho estos señores gobernadores [de Huancavelica], particularmente en la mina, que es un gran pueblo subterráneo, con calles, estribos, y vóvedas de seguridad. Sólo la descripción de esta mina ocuparía un tomo mayor que mi itinerario

Muy ociosa sería, señor *Concolorcorvo*, esa descripción, que ya tienen hecha tantos hombres sabios. Me consta que el señor Solá presentó al Rey en plata maciza la mina de Guancavelica, con todas las obras hasta su tiempo, y cada gobernador ha dirigido a España y a este superior gobierno una delignación de la mina y haciendas por los sujetos que las trabajan, con los estados y disminución de leyes y sus causas. Eso no puede ser, le repliqué, por que más depende de la casualidad que del discurso humano. Está Vm. errado, me replicó, y no se hable más sobre el asunto, y añadió:

No hay villa más pacíficamente gobernada en todo el mundo que la de Guancavelica, por que la dirige solamente un hombre sabio, con un teniente muy sujeto a sus órdenes, sin más alcaldes, letrados, ni procuradores ... (372-3)

Concolorcorvo nos ha mostrado fielmente otras ciudades en el itinerario —y generalmente ejemplifica la idea, desarrollada por Roberto González Echevarría, de que la constante reescritura del mundo americano, en el género de “comentario” sobre textos oficiales, es una manera de desafiar el pasado de soslayo (“The Law of the Letter”, 107-110) —pero nuestro autor admite su derrota aquí.

El rechazo es represivo: Carrió/Concolorcorvo querría intentar la descripción, y Carrió/el visitador la detiene con el epíteto “ociosa”, el insulto principal que le echa a la raza perezosa de los indios. “Tantos hombres sabios” habían escrito igualmente sobre las otras partes de la experiencia americana (nótese por ejemplo las páginas 60-61, donde Carrió menciona específicamente a dos de los eruditos de su época y las maneras en las cuales le gustaría “completar” y modificar sus obras); lo que distingue esta situación de las otras es, claramente, el modelo de la mina “en plata maciza” presentado al Rey. Un lector privilegiado tal vez ya haya leído las *Noticias Americanas* de Antonio de Ulloa (372, nn. 8 y 9); pero el lector más privilegiado de todos es el Rey.¹⁰ Seguramente no es casual que Carrió/el visitador subraye con afán el despotismo ilustrado de los gobernadores de Huancavelica en este mismo pasaje, ni que le reprima a Carrió/Concolorcorvo en tonos muy ásperos al sugerir el indio que la prosperidad de la mina tenga causas más complejas o no tenga causa ninguna.

¹⁰ La analogía obvia a este ademán, para un lector de nuestra época, es la lectura por Foucault de un texto que ha de fundar la misma Ilustración: en *Las Meninas* de Velázquez, nosotros ocupamos (el espejismo de) una posición *real* que garantiza un discurso realista, con todas las consecuencias represivas de entrar en ese discurso.

No debe sorprendernos tanto, quizás, la entrega de su autoridad frente a un modelo real, porque en las sociedades que ha observado Carrió ya ha mostrado indicios de una ambivalencia hacia la representación, una tensión entre los códigos de la representación pura de la Ilustración y los de un barroco muy vigente. La relación entre los detalles ilustrativos y la estructura que apoyan debe ser obvia, evidente, según el código ilustrado. Las cosas deben parecer lo que son, y los pasajes sobre los indios a veces muestran un deseo fuerte de igualar la ideología realista (lo que “real”mente es) y las apariencias:

También me atrevo a afirmar que si absolutamente se prohibiera fiar a los indios el vestido, la mula y el fierro pare los instrumentos de labranza, se arruinarían dentro de diez años

...

Al contrario sucede, Señor Inca, cuando los indios deben al corregidor. Entonces parece cada pueblo un enxambre de abejas, y hasta las mugeres y muchachos pasan a las iglesias hilando la lana y el algodón para que sus maridos texan telas. Todos están en movimiento, y así se percive la abundancia (315-6).

Dos veces en un párrafo se menciona “parecer”, “percibir”, en su frustración de que la realidad americana no se conforme a la ideología del trabajo industrial.

Carrió es capaz de reconocer que las categorías y los procedimientos del Viejo Mundo no son apropiados a la realidad americana:

Esta ciudad [Buenos Aires] está bien situada y delineada a la moderna, dividida en quadras iguales y sus calles de igual y regular ancho, pero se hace intransitable a pie en tiempo de aguas ... (89).

Buenos Aires en particular es satirizada por imitar las modas europeas. Sin embargo, lo europeo es tomado como norma en todas las instancias esenciales. En un pasaje lleno de los vaivenes que debe incluir un reportaje de una experiencia intercultural e interideológica, Concolorcorvo describe sus opiniones sobre las fiestas de Cuzco:

La gran fiesta de Dios da principio en todo el mundo católico en el mes de Junio y se concluye en su octave. En el pueblo más pobre de España y las Indias se celebran estos días con seriedad jocosa ... (363).

Sigue la descripción de un desfile religioso, cuyo sincretismo está justificado por su valor como espectáculo:

La segunda parte de la procesión es verdaderamente jocosa, pero me parece que imita a la más remota antigüedad, por lo que no se puede graduar por obsequio ridículo, y mucho menos supersticioso. Las danzas de los indios ... son muy serias en la substancia, por que esta nación lo es por su naturaleza. Sus principales adornos son de plata maciza, que alquilan a varios mestizos, que tienen en este trato su utilidad, como en los lienzos, espejos, láminas, y cornucopias. *La tarasca y gigantones*, cuando no tienen conexión con los ritos de la Iglesia Cathólica, están aprovados con el uso común de las ciudades más autorizadas de España, por que contribuyen a la alegría de pueblo, en obsequio a la gran fiesta Hasta los españoles ven con complacencia en sus barrios estas fiestas que particularmente hacen los indios, con un regocijo sobrenatural (346).

El lector acostumbrado a la crítica cultural y a la antropología social es sensible a la manera en que Concolorcorvo reconoce las contradicciones culturales de la fiesta, trata de defenderlas y domesticarlas al igualarlas a la tradición medieval del carnaval, apelando a las costumbres españolas cuando no la justifica el dogma católico. No obstante, todavía le queda un estremecimiento del *unheimlich* (“un regocijo sobrenatural”), quizás en parte debido al intercambio interracial de adornos, fabricados de la misma plata maciza que simboliza al Perú ante los ojos de todos los españoles y ante los ojos del Rey. Por ejemplo, en la descripción de la otra fiesta de Cuzco (367-8), al visitador le irrita que los toreros y otros ciudadanos tengan que cubrir su ropa ornamentada (y principalmente europea) con ponchos de fábrica americana, a causa de las lluvias constantes de los meses enero y febrero en Perú. Carrió propone la solución absurdamente secular de mudar el festival a otro mes; su aprobación de los aspectos indios de otro festival, *versus* su censura de la ropa india aquí, a lo mejor tiene tanto que ver con su odio constante de la lluvia y del lodo como un gusto barroco por una fiesta lo más brillante posible. Pero una ansiedad hacia el privilegio de la ropa india sin duda añade a su irritación.

Esta no sería la primera vez que el mundo medieval sirve como la “subconciencia” o lo “reprimido” para un observador de la Ilustración: se puede leer el interés de Bajtin en Goya, al comenzar su libro sobre Rabelais y su mundo, como un intento de enrevesar el tropo ilustrado común de ver el mundo medieval como el sueño de la razón que producía monstruos.

Así que en Huancavelica un modelo de plata ante los ojos del Rey silenció los poderes de representación del texto, que es reducido de repente a un elogio (sincero) del despotismo y seguido por deliberaciones dentro de su propia esfera burocrática, la de escoger entre las dos rutas principales a Lima. El ícono o emblema de Huancavelica elimina la necesidad de mediación lingüística; signo del exceso económico de una época previa (pero una época también vigente en la imaginación popular y real), provoca una censura del exceso verbal.¹¹

A pesar de su propio estilo y sensibilidad parcialmente barrocos, Carrió en su posición (y su puesto) de burócrata odia el exceso y lo teme. Sus descripciones atónitas del gasto de carne en Buenos Aires (78, 91) contribuyen a una distinción tradicional entre las culturas bárbaras de la carne frente a las culturas civilizadas de las verduras, pero también sugieren que el exceso lo amenaza personalmente; su desaprobación de los baños de Tambo Bartolo, donde “se bañan hombres y mugeres promiscuamente” (235), se extiende hasta el nombre, en sí mismo tomado promiscuamente de una hacienda cercana (236). En cuanto a la estética, toda la música de los criollos viene de la “destemplada guitarrilla” (163,199); en vez de líneas rectas, el tronco “grueso, tortuoso, y con muchos fludos” de las parras bonaireses

¹¹ Para la idea de un ícono o emblema y su poder de fijar o congelar la mente barroca y, como el fetiche de la antropología o del marxismo, congelar y detener el discurso racionalista, véase Walter Benjamin, “The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction” y *The Origin of German Tragic Drama*. “The Work of Art ...” también expone, en su concepto del *aura*, cómo una obra de arte puede inscribir un destinatario específico (aquí, el Rey) en un intento de limitar su público (en la terminología de este ensayo, de reducir la multiplicidad de sus lectores), y aumentar su valor documental, y también expone cómo es absolutamente, si trágicamente, necesario destruir su *aura* si queremos liberar las obras de arte de un pasado políticamente inaceptable. Una reapertura de este debate comenzó en los estudios latinoamericanos con Taussig, también contribuyó a la antología interesantísima de Apter y Pietz.

(84) y la fachada de la Casa de la Moneda de Potosí “con unos balcones muy sobresalientes, en que imitó las popas de los antiguos baxeles de guerra”, facilitan el ascenso a las casas, “de que pudiera resultar algún considerable robo” (232). A pesar de este odio al exceso, el acto mismo de escribir un itinerario dilatado es un acto de exceso. La división brusca entre visitador y amanuense aquí frente al modelo de plata es un resultado de esta contradicción. Pero aquí corremos el riesgo de despertar un lector que trate de psicoanalizar las formas culturales y discursivas de una época no menos conflictiva que la nuestra, tarea quizás demasiado soberbia.

Sin muchas ganas, entonces, el lector curioso regresa de su excursión a través de una lectura foucaultiana-benjaminiana de las fuerzas barrocas que, resumidas en fetiche de plata maciza, delatan al escritor ilustrado, y vuelve a encontrarse en el camino de Jujuy a Quiacas, un poco más consciente de los poderes que estructuraban el interés concolorcorvesco en el tráfico de mulas, en la relatividad de sus costos, en el orgullo que siente el escritor en dominar una área infraestructural que parece ostentar un caos de precios y de especies. Hemos sacado algún provecho de estas reflexiones; ahora hemos de buscar otras digresiones en las pampas. Las hay, pero no muchas: por ejemplo, leemos con gratitud los pasajes que tratan lo que podemos distinguir sobre las culturas europea, tucumana, e india en sus maneras diferentes de amansar los caballos (176-83), oasis de interés entre los pasajes sobre los terrenos apropiados para las mulas de cascos duros y las de cascos blandos.

Los curiosos leemos con entusiasmo los pasajes en que Carrió nos muestra las maravillas que requerimos de un escritor de un libro de viajes:

Todo el interior de la jurisdicción [de Córdoba] está lleno de estos ríos ambulantes en donde se encuentra porción de cochinilla sin dueño que aprovechan los diligentes y sacan o benefician grana ... y acaso en lo interior de estos espesos, dilatados montes, se hallarán otras producciones de igual utilidad. No se internen en ellos mucho los caminantes, por el riesgo de los tigres y recelo de perderse en los labirintos que hacen las muchas sendas (118).

Otro momento que nos intriga a los lectores curiosos sería el lugar donde se descubren las arañas que producen seda:

A la entrada de esta jurisdicción observé en el camino Real muchos hilos blancos de distinto grueso, entretegidos en los aromos, y otros a distancia de más de ocho varas, que son tan delgados y tan sotiles que sólo se percivían con el reflexo del sol. Todos muy iguales, lisos y sin goma alguna, y tan resplandecientes como el más sutil hilo de plata. Reparé que unos animalitos en figura y color de un escarabajo chico caminaban sobre ellos con suma velocidad. Me apeé varias veces para observarles el movimiento ... [I]nternábamos al monte, y ya veíamos dilatados hilos, ya árboles enredados de ellos; algunas veces, ramas solas bordadas de exquisitas labores de un hilo muy sutil, que serían dignas de presentarse a un príncipe si las hojas no llegaran a secarse y perder la delicada figura (123-4).

Tendremos más que decir sobre estos dos momentos, pero primero queremos notar que, a causa de la escasez de tales momentos en el centro de la primera parte, el lector curioso hace excursiones y divagaciones propias frente al discurso de las mulas.

Una táctica favorita nuestra, engendrada quizás por entrenamiento en las escuelas de *explication du texte* y la Nueva Crítica, es tomar un pasaje neutro y convertirlo en una metáfora para otra cosa, o leerlo como un comentario sobre el libro en su totalidad:

Considerando los hombres, por una casualidad, que de burro y de yegua salía una especie de monstruo infecundo, pero que al mismo tiempo era útil para el trabajo por su resistencia, procuraron aumentarle; pero viendo al mismo tiempo alguna repugnancia en recibir las yeguas al pollino, y mucho mas en criar y mantener la mula o macho, ... desollaron el caballito y con su piel vistieron un burro recién nacido, que introdujeron a la yegua para que lo criase sin repugnancia

Finalmente el burro, que parece en la Pampa un animal estólido y sin más movimiento que el de la generación, defiende su manada o el número de las yeguas mejor que el más brioso caballo. Desprecia las hembras de su especie, por que las tiene inferiores a las yeguas (172, 173).

Al lector curioso la divagación extensa sobre las mulas le parece más y más un discurso que trata sobre el mestizaje y de la experiencia latinoamericana. La atención que Concolorcorvo derrocha en estos animales deriva de que son animales entre dos razas, una improvisación americana entre una especie tradicionalmente noble y otra tradicionalmente baja, valorizaciones que hasta los burros mismos, como *snoobs* porteños, reconocen. La meta de la unión es la creación de una especie que tiene la cualidad que buscaron en vano los europeos entre los indios, la resistencia física; y una ventaja extra es el brío que inspire en otro animal de trabajo, el burro padre y esposo, mientras que los indios son “sumamente inclinados al execrable pecado nefando” (96, véase también 298-9). Si es necesario criar esta raza mestiza mediante un truco de animalitos enmascarados, no hay inconveniente. La mula no es una analogía perfecta para la obra; por ejemplo, es el indio y no el mestizo que es infecundo como una mula (“Todas estas observaciones prueban claramente que las indias en esta gobernación nunca han sido fecundas” (348); después de que sus líderes les quitan las sierras, los indios “*vagabundos* regularmente se mantienen en el [estado] de *celibato*, ejercitando todo género de vicios” (350)). No obstante, el discurso de las mulas nos presenta a casi todos los problemas del discurso dieciochesco que nos intrigan y dan asco: el racismo, el enfoque en la fecundidad y la productividad, las presuposiciones de clase y categoría y el elogio de la manipulación mediante máscaras.

Este modo de leer, al que ya nos hemos referido en la lectura de Stolley de la anécdota de los ladrones, en el cual uno saca una anécdota fuera de su contexto para emplearla sinecdómicamente como metacomentario del texto entero, basa su popularidad no solamente en las técnicas específicas de algunos lectores de gran tacto sino también en la naturaleza heterogénea de los textos de las crónicas y los libros de viajes: tan abiertos, el lector los quiere cerrar en un acto que para un público académico les depara el estatus de obra de arte.¹²

Aunque el lector curioso tenga una simpatía natural hacia “este ganado tierno ... tan curioso, que todo quanto percive quiere registrar y ve con una atención y simplicidad notables” (174), y que al lector viajero le sea imprescindible, la inclusión en el libro de un

¹² Utilizo aquí la idea de una “comunidad interpretativa” presente en las obras de Stanley Fish. Para una descripción, y una crítica, de este momento en su pensamiento, véase Culler (33-45).

análisis tan detallado de la economía de su uso en los correos queda a fin de cuentas sin bastante justificación “estética”. Vamos a examinar ahora la primera justificación que Carrió mismo invoca para la presencia de esta divagación:

Aquí iba a dar fin al asunto de mulas, pero mi íntimo amigo don Francisco Gómez de Santibáñez, tratante años ha en este género, me dixo que sería conveniente me extendiese más No me pareció del caso borrar lo escrito o posponerlo, y así sigo el asunto por modo retrógrado, o imitando los poemas épicos (151-2).

Naturalmente sospechamos esta explicación, con su alusión a los poemas épicos cuyo valor se cuestionaba en el siglo dieciocho en general y en el exordio mismo de *El lazarillo* en particular; y la ambivalencia que sentimos hacia la introducción de un personaje histórico en el texto comienza con la figura de Calixto Bustamante mismo. No obstante, quizás esta anécdota sea verdadera, porque no es el único pasaje que se presenta mediante la mención de una persona:

Al fin de la hacienda de Toledo ... está avecindado con Francisco Antonio Tejeyra y Maciel, lusitano, casado con doña María Dionisia Cabral y Ayala, española, natural de Salta. El referido fidalgo y los ascendientes de su muger son de los primeros pobladores de esta frontera ...

Este pasaje continúa con una descripción de un viejo pueblo cercano, fundado por los jesuitas:

Tubo 600 familias y multitud de ganados y varios comestibles ... Allí hace sus compras de comestibles el portugués y trae sazonados tomates, de que me dio algunos, encargándome mucho hiciese memoria de él y de su familia en mi diario, como lo executo puntualmente, por no faltar a la palabra de honor. Dicen que el referido pueblo está hoy quasi arruynado (141-2).

Este gesto de respeto y afecto es uno de los pocos que se hacen sin sarcasmo ni ironía. Y, por lo general, podríamos decir que los individuos que lucen mejor en *El lazarillo* son los colonos industrioses de buena familia. El autor demuestra incapacidad para identificarse con, ni siquiera respetar a, los otros individuos o grupos que encuentra, pero aquí su entusiasmo es otra vez generoso. Y podríamos extendernos aun más: la inestabilidad del discurso aumenta tanto más cuanto más poblada está la región sobre la cual escribe. Tanto los grandes éxitos del libro como nuestros desengaños ideológicos con él ocurren en los marcos y epílogos, cuando se dirige al lector directamente, y en momentos cuando el discurso se sitúa en Buenos Aires y en las ciudades grandes de los Andes. Su trozo muy antologizado sobre los gauderios (gauchos) ocurre en los suburbios de la ciudad de Montevideo; sus defensas de los obrajes forzados de los indios comienzan cuando entra en las montañas mineras. Como hemos notado, la inestabilidad en esos últimos capítulos se expresa en parte por una división formal entre dos hablantes, aunque sus opiniones son básicamente idénticas. Además, aunque el chisme incesante sobre funcionarios menores en las grandes ciudades del oeste no es más trivial que las discusiones de los cascos de las mulas,

el sarcasmo que reemplaza su entusiasmo previo nos estorba. Quizás practico una malicia oblicua en este ensayo con mi metodología tendiente a multiplicar a los lectores de *El lazarillo*, aun cuando sea obvio que el autor se porta mejor en las soledades o con algunos amigos parecidos que con un público más variado o un poco escéptico.

Pero no está completamente claro que estas pampas estén tan vacías. Claro que no hay “bastantes” colonos europeos en estos campos; y si hay un aspecto particular que distingue *El lazarillo* de las crónicas de Colón, Cortés y Bernal Díaz, es que las ruinas que visita el visitador en su viaje por las pampas no son ruinas de una civilización forastera, sino rasgos de colonos europeos ya idos. Hemos visto el pueblo “quasi arruynado” fundado por los jesuitas. Pocas páginas después, encontramos la hacienda de una pareja, los Olivares, en el fuerte de Cobos, que

se erigió hace 80 años para antemural de los indios de el Chaco ... La casa está tan arruynada que me costó algún cuidado subir la escalera que conduce a los altos, en donde tienen su habitación de donde no podía salir su marido por estar medio baldado ... La madame no manifestaba robustez en su semblante y delicado cuerpo, que es de regular estatura, pero me causó admiración ver su cabello tan dilatado, que llegaba a dos varas y una ochava, y me aseguró que una prima suya que residía en Salta le tenía de igual tamaño. No tenía esta señora otra gala de que hacer ostentación ... (144-5).

Otra vez los habitantes de las pampas están en las sombras, en los *edificios* de colonos previos; otra vez, curiosamente, vemos este adjetivo, “dilatado”, que aparece tantas veces en las páginas de *El lazarillo* para describir, una virtud característica del mundo americano y otra vez el texto trata de captar ese mundo aun y cuando esté en plena decadencia.

El edificio grande y decrepito del fuerte es el último en una serie que liga la historia, la productividad y la naturaleza. Hemos visto a Carrió describir los campos de “cochinilla sin dueño”, listos para la explotación de cualquier americano o europeo industrial; el último consejo que da en aquel párrafo es que los caminantes “no se internen en [estos espesos, dilatados montes], por el riesgo de los tigres y recelo de perderse en los laberintos que hacen las muchas sendas” (118). Hasta los lectores viajeros deben evitar esos laberintos. Algunas páginas después, la imagen del laberinto, inaccesible a los lectores curiosos pero también a los lectores viajeros, se transforma para otros propósitos:

En la ciudad de Santiago del Estero estuvo la silla episcopal hasta el año de 1690, que se trasladó a Córdoba ... Los vecinos que llaman sobresalientes no llegan a veinte ... En la casa que fue de los regulares se pueden alojar cómodamente todos los habitantes de la ciudad de Santiago y su exido, por que tiene tanta multitud de oficinas, patios, y traspatios, que forman un labirinto.

Toda la gente del Tucumán asegura que los santiaguinos son los mejores de aquella provincia y el terror de los indios del Chaco (119-20).

Aquí la conexión entre los laberintos coloniales del pasado y los laberintos donde todavía residen los tigres y los indios feroces es sutil pero clara. Vemos otro laberinto más tarde en el libro, a la salida de La Plata:

... nos previno el comisionado que observásemos los lavirintos que formaban las cavañas de los indios con sus muchas veredas, y la facilidad con que podía extraviar una carga de plata en una noche tenebrosa ... (250).

Aun virtualmente esclavizados, los indios amenazan las estructuras racionales de la Ilustración.

La apoderación, población, y dominación de los laberintos americanos es una de las metas principales, diría yo *la* meta principal, del discurso de Concolorcorvo. En nuestros términos, el texto emprende un acto de seducción; trata de convertirnos de lectores curiosos en lectores viajeros para hacernos eventualmente lectores criollos —lectores criollos que han guardado la curiosidad, a pesar de que “en este dilatado Reyno no hay[a] hombres curiosos” (47). Para conseguir este fin, Concolorcorvo habla con su público, los españoles hambrientos, del exceso que personalmente le disgusta a él, de carne tan abundante que los tucumanos matan los reses para comer solamente los tuétanos. Si bien solamente el Rey puede ver el modelo de plata, las sedas que las arañas tucumanas producían, “tan resplandecientes como el más sutil hilo de plata, ... serían dignas de presentarse a un príncipe si las hojas no llegaran a secarse y perder la delicada figura” (124).

Su retórica aquí tiene que ser sutil, porque la abundancia americana puede crear una sociedad tan excesiva como la naturaleza productiva que la funda:

Esta increíble abundancia [de Montevideo] es perjudicialísima, por que se cría tanta multitud de ratones, que tienen las casas minadas y amenazando ruyna De esta propia abundancia, como dixé arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quienes con tanta propiedad llaman

GAUDERIOS

(76-77)

Los gauderios son ratones humanos, sin la civilización para poblar y deslabyrinthizar el nuevo mundo del cual son productos. Y los tucumanos al otro lado de las pampas tampoco ofrecen una sociedad aceptable —la retórica que utiliza Carrió para demostrar esto es la parodia (afectuosa, porque a fin de cuentas los tucumanos son blancos de estirpe europea) del género pastoril— por lo menos inaceptable “al Estado, por que no se aumentan por medio de los casamientos ni tienen otro pie fixo y determinado para formar poblaciones capaces de resistir qualquiera imbasi3n de indios bárbaros” (209).

Aquí, entonces, encontramos la segunda contradicci3n fundacional en el texto de *El lazarillo*. Además de la ya mencionada estilizaci3n excesiva en el desarrollo de una ideología en contra del exceso, Carrió ha escrito un texto vagabundo que censura el movimiento constante de los habitantes de América y que también intenta poner en movimiento a los lectores curiosos (y hambrientos) de Europa. En este sentido el yo del “viajero sentimental” de Sterne, y el yo de Alonso Carrió de la Vandera, comparten una semejanza básica: se constituyen por el movimiento y quieren quitarles el privilegio de la movilidad a todos los seres que encuentran, reservándola para algunos de una clase igualmente privilegiada; en el caso de Carrió el movimiento es ocultado mediante una retórica que quiere inculcar la estabilidad de los colonos. Pero si la estabilidad precede al movimiento, ¿qué se hace con el hecho incómodo de que los indios del Chaco, nómadas,

no fueron conquistados con la facilidad de los incas, constructores de ciudades? Especialmente cuando Carrió mismo dice que

los indios bárbaros, que no tienen poblaciones formales ni sementeras, cambiarán de territorios y se burlarán de las vanas diligencias de los españoles, que no pudiendo fortalecer los sitios, los abandonarán ... (334).

La solución retórica es trasladar la discusión de los indios del Chaco a la segunda parte, entre los indios conquistados, donde inspirarán menos miedo en los lectores que Carrió quiere seducir.

Nuestro tropel de lectores —el lector curioso y el lector viajero, mencionados específicamente en el texto; pero también el lector moralizante, el lector formalista/burócrata, el lector neocrítico de algunos fragmentos y el lector benjaminiano de otros fragmentos, el lector psichistórico, el lector antropológico de carnavales europeos y americanos— al fin y al cabo se porta como el visitador mismo, quien

en el dilatado viage de Buenos Ayres a Lima, tomó tales providencias y precauciones ... a las diez del día ya habíamos caminado de cinco a seis; un criado se ocupaba solamente de preparar la comida ... Las cargas salían una hora después que nosotros, y pasaban los indios guías a tiempo de recoger los sobrantes (60).

Estando yo menos seguro de quién es el amo entre mi tropel, quizás aun mejor serían las tropas de bueyes de Mendoza, donde

los poltrones se mantienen en el carretón o carreta con las ventanas y puertas abiertas, leyendo u observando la calidad del camino y demás que se presenta a la vista. Los alentados y más curiosos montan a caballo y se adelantan o se atrasan a su arvitrio ... (131).

Los únicos “teóricos de la lectura” que deben seguir vigentes han de reconocer que el acto de leer vale porque ayuda a una fragmentación del yo potencialmente infinita, pero también una fragmentación que deja unas huellas escritas que podemos repasar y compartir con otros lectores, si bien que, por razones de temperamento o de nuestra posición sociohistórica, nosotros mismos no podemos pasar por aquellas pistas. De hecho, es posible que las huellas más seductoras que deja un texto sean las que por definición no podemos seguir.

Hay una paradoja en mi lectura, entonces: afirmo que la retórica concolorvesca que más éxito tiene está dirigida a un lector ahora imposible, el europeo curioso, tradicional y hambriento del siglo dieciocho. Pero en algún sentido esto es una inevitabilidad cuando nos acercamos a un texto histórico: insistir demasiado en las cegueras diversas de Concolorcorvo quizás demuestra un deseo de vengarnos un poco de un texto que nos llama ciegos. Como reconoce la “teoría de la lectura”, estamos bien conscientes de que estamos vivos y Carrió está muerto, pero nuestra conciencia de estar en 1994 nos recuerda que Concolorcorvo vio un paisaje vedado a los ojos de un presente de campos de petróleo, minas exhaustas, aire contaminado, desde un presente donde los precios relativos de mulas y muchas otras cosas son vulnerables a la hiperinflación. Quizás cada ciego resiente al lazarillo que seguramente

no aprecia bastante la facultad de ver con sus propios ojos. En este juego entre el pasado y presente, ¿quién traiciona, quién delata a quién? Dijimos que no era posible identificarse con el autor de *El lazarillo*, pero ya en el final del libro pensamos como él en su acto de rechazar la identificación y la simpatía, las suyas hacia el mundo, las nuestras hacia las *personae* que el texto ofrece: tal como Carrió de la Vandera pasó por el terreno de las Américas, entusiasta pero frío, aplicando su idea de lo que es el análisis de la realidad sin plenamente entender aquella realidad, del mismo modo tal vez pasemos por el terreno de un texto casi tan “dilatado” como el de los virreinos coloniales. En ese caso Concolorcorvo nos ha contagiado a los curiosos y a los viajeros.

OBRAS CONSULTADAS

- Apter, Emily y William Pietz, eds. *Fetishism As Cultural Discourse*. Ithaca: Cornell University Press, 1993.
- Bakhtin, Mikhail. *The Dialogical Imagination*, ed. Michael Holquist, tr. Michael Holquist y Carol Emerson. Austin: University of Texas Press, 1981.
- Barthes, Roland. *S/Z*. Paris: Seuil, 1970.
- Bastos, María Luisa. “El viaje atípico y autópico de Alonso Carrió de la Vandera”. *Lexis* 5,2 (1981): 51-57.
- Batten, Jr., Charles L. *Pleasurable Instruction: From and Convention in Eighteenth Century Travel Literature*. Berkeley: University California Press, 1978.
- Benjamin, Walter. *Illuminations*. Hannah Arendt, ed., Harry Zohn, tr. New York: Schocken Books, 1968.
- _____. *The Origins of German Tragic Drama*. John Osborne, tr. Londong: NLB Books, 1977.
- Beverly, John. “The Formation of the Ideology of the Literary (From Garcilaso to Greenblatt)” en *Against Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993: 25-46.
- Carilla, Emilio. *El libro de los misterios: “El lazarillo de ciegos caminantes”*. Madrid: Gredos, 1976.
- Carrió de la Vandera (Concolorcorvo) *El lazarillo de ciegos caminantes*. [1775/1776]. A Lorente Medina, ed. Madrid: Editora Nacional, 1980.
- Culler, Jonathan. *On Deconstruction*. Ithaca: Cornell University Press, 1982.
- González Echevarría, Roberto. “Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista” en *Isla a su vuelo fugitiva: Ensayos críticos de literatura hispanoamericana*. Madrid: Porrúa, 1983: 9-26.
- _____. “The Law of the Letter: Garcilaso’s *Commentaries* and the Origins of the Latin American Narrative”. *The Yale Journal of Criticism*, 1:1 (Fall 1987): 107-131.
- Greenblat, Stephen. *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Iser, Wolfgang. *The Act of Reading*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.
- Jechova, Hana. “Du voyage au journal de voyage”. *Neohelicon* II,3-4 (1974): 359-371.
- Pupo-Walker, Enrique. “En el azar de los caminos virreinales: Relectura de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. En *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Gredos, 1981: 156-190.

- _____. "Notas para una caracterización de *El Lazarillo de ciegos caminantes*". *Revista Iberoamericana* 120-1 (1982): 644-70.
- Sterne, Laurence. *A Sentimental Journey Through France and Italy* [1768], ed. A. Alvarez. Harmondsworth: Penguin English Library, 1967.
- Stolley, Karen. "*El Lazarillo de ciegos caminantes*": *un itinerario crítico*. Disertación inédita, Yale University, 1986.
- Suleiman, Susan R., and Inge Crosman, ed. *The Reader in the Text: Essays on Audience and Interpretation*. Princeton: Princeton University Press, 1980.
- Taussig, Michael. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.
- Tompkins, Jane P., ed. *Reader-Response Criticism: From Formalism to Post-Structuralism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1980.
- Woolf, Virginia. *A Writer's Diary*. London: Hogarth Press, 1975.
- Zapata, Roger A. "El 'otro' del *Lazarillo*". *Dieciocho* 13,1-2 (1990): 58-70.